

CITSE

Textos

III 8

ADOLF HITLER

CONSIDERACIONES FINALES

CUARTEL GENERAL DEL FÜHRER

BERLÍN, 1945.

PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA.

**ACERCA DE LA VERACIDAD DEL
TEXTO.**

"El lector se preguntará si estas anotaciones son auténticas. También nosotros, como es natural, hemos reflexionado al respecto frecuente y seriamente. Sólo puedo decir: es el estilo de Hitler, son indubitablemente sus pensamientos, el clima de aquellos días se expresa de una manera pasmosa y fueron proporcionadas por una fuente confiable -en interés de la verdad- sólo por eso!

La exposición de Adolf Hitler reproducida a continuación me impresiona a mí, que hasta el año 1936 lo conocí personalmente bien, como una confesión del que pronto partiría para siempre. Con toda franqueza dice cómo él veía las cosas. Precisamente leer esto es para nosotros todos de la mayor importancia...porque "la verdad ocultada trae infortunio (Friedrich Nitzche)".

*Publicado por primera vez como apéndice de la obra ¿War Hitler ein Dictator? (¿Era Hitler un Dictador?) de F. Ch. de Schaumburg-Lippe, Editorial Naturpolitischer, Witten, Alemania Federal, 1976 (N. del E.).

CUARTEL GENERAL DEL FÜHRER

BERLÍN, 1945.

Churchill se tiene por un Pitt. ¡Qué presunción! Pitt contaba en 1793 precisamente treinta y cuatro años. Churchill lamentablemente es un anciano que apenas puede reunir la fuerza necesaria para obedecer servilmente las órdenes del paralítico Roosevelt.

Ya las circunstancias puramente exteriores no tienen nada en común. Hay que trasladarse siempre a la situación de la época para hacer comparaciones. Desde el punto de vista de Inglaterra, Pitt debía rechazar todo entendimiento con Napoleón. Abrió con esta postura rígida las puertas para el rol dominante que el pueblo inglés pudo completar en el siglo XIX. Esta era una política de voluntad vital. Churchill, en cambio condujo al pueblo inglés por un camino suicida al abismo al rechazar el entendimiento por mí propuesto. Se hallaba al respecto en un error, que es especialmente característico de los viejos miembros de Estado Mayor General, que planifican una nueva guerra según las reglas de juego y experiencias de la anterior. Pero no se pueden copiar simplemente tesis exitosas de épocas pasadas.

La realidad de hoy, que ha transformado el rostro del Mundo, es la existencia de dos colosos, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. La Inglaterra del gran Pitt era capaz de mantener en equilibrio el Mundo evitando toda hegemonía en Europa.

La realidad del presente hubiera debido determinar a Churchill a brindar su asentimiento a la unión de Europa para asegurar el equilibrio político del siglo XX.

Me he afanado a principios de la guerra por actuar de manera como si el jefe del Gobierno británico fuera capaz y se hallase en situación de comprender tal política de grandes espacios. Y hasta un Churchill quizá también reconoció esto en instantes claros, pero ya estaba demasiado profundamente atado al salario judío. Hice cuanto pude para preservar el orgullo británico y postergué en el Oeste todas las decisiones definitivas.

El genio de Pitt se muestra en una política que se ajusta a las exigencias de su tiempo, realista y, sin embargo, de gran visión del futuro, un arte estatal que fundamentó el ascenso único del Reino insular británico y procuró a Inglaterra en el siglo pasado el dominio mundial. Churchill, que imita testarudamente los aspectos extrínsecos de esta política, comete con ello una necedad sencillamente monstruosa. El Mundo no se ha quedado parado desde los días del gran Pitt. Aunque el ritmo de los cambios del último siglo nos parece relativamente lento, no obstante, la Guerra Mundial ha acelerado la transformación y la guerra actual nos presenta la cuenta.

En el ámbito de una verdadera política de poderío, en el siglo pasado sólo contaba Europa. Los reinos asiáticos se encontraban sumidos en un sueño letárgico. El Nuevo Mundo no era mucho más que un apéndice de Europa, y ningún hombre podía presentir el destino de las trece colonias inglesas, que justamente se habían independizado. Trece..., por cierto que no soy supersticioso, pero en el caso de los Estados Unidos uno puede volverse tal! Este nuevo Estado con apenas cuatro millones de habitantes se expande poderosamente en sólo cien años y se convierte a principios de nuestro siglo en potencia mundial.

En los decisivos años treinta la situación mundial es fundamentalmente distinta de la de Napoleón y Pitt. El Continente, agotado por las grandes batallas de material en la Guerra Mundial, había perdido su posición de preeminencia. Si bien Europa continuó siendo uno de los centros políticos de gravedad -sólo uno entre muchos- disminuía cada vez más su importancia. En la misma medida creció la importancia de los Estados Unidos y la del coloso asiático bolchevique, y en no escasa medida, asimismo, la del Imperio del Sol naciente. Un segundo Pitt, si la Providencia se lo hubiera otorgado a la Inglaterra degenerada, en lugar del judaizado semiamericano borracho, debió asir la oportunidad de trasladar la tradicional política de equilibrio europeo al plano mundial. En vez de atizar el odio, la envidia y la enemistad y eternizar las luchas competitivas, Londres debía -si no promover e impulsar- por lo menos dejar que se realizase la unión de Europa. Con una Europa unida como aliada, Gran Bretaña podía jugar su papel de árbitro en todos los litigios mundiales.

Inglaterra tuvo la posibilidad aún a principios de 1941 de terminar la guerra. El espíritu de resistencia y valor del pueblo inglés quedó atestiguado en la lucha sobre Londres. La defección de las divisiones italianas en África del Norte podía hacer olvidar el descalabro en el Norte de Francia. Creo que la vieja Inglaterra de Pitt se hubiera aferrado a estas posibilidades de paz. Los judíos y sus cómplices, Churchill y Roosevelt, no quisieron permitir esto.

En la primavera de 1941 la paz fue la última oportunidad de dejar a los americanos al margen de los asuntos europeos. Bajo la conducción del Reich, Europa se hubiera transformado pronto en un bloque unido, después de haber sido descartada de una vez la influencia judía. Francia e Italia, ambas vencidas por una potencia germánica en el campo de batalla, hubieran escapado con un ojo amoratado, renunciando a un apolítica de gran potencia. Naturalmente debían renunciar a sus pretensiones en el Norte de África y en el Cercano Oriente, dejando liberado el camino a la Nueva Europa para una política de amistad de amplias miras con el Islam. Inglaterra, aliviada de todas sus preocupaciones en Europa, se habría dedicado plenamente a su Imperio mundial. El Reich, por último, podía sin peligro de una guerra en dos frentes, dedicarse al verdadero cometido de su existencia y cumplir la misión del Nacionalsocialismo y de mi vida: el aniquilamiento del Bolcheviquismo, asegurando simultáneamente con esto el espacio vital del Este, indispensable para el futuro de nuestro pueblo.

A las leyes de la Naturaleza les es inherente una lógica que no necesariamente precisa coincidir con la humana. Dispuestos a compromisos con Inglaterra, incluso estábamos animados

del propósito de ayuda a garantizar el Imperio mundial británico.

Inglaterra pudo elegir libremente, nadie la ha forzado a arrojar en esta guerra. Londres no sólo se comprometió a esta guerra, sino que la provocó temerariamente. Librados a sí mismos, sin ser acicateados por los investigadores bélicos anglo-franceses, las herramientas de los judíos -los polacos- nunca se hubieran practicado el harakiri. Aun luego de haber comenzado la demencia, a Londres se le presentó repetidamente la oportunidad de sacar la cabeza del lazo: sea después del aniquilamiento de Polonia, sea después de la derrota de Francia. No mediante una retirada especialmente brillante, seguramente, pero los británicos al fin de cuentas nunca fueron exigentes en sus medios. Nada más fácil que echar una vez más las culpas a fallas de los aliados, como se hizo en Mayo de 1940 juntamente con París frente a Bélgica. Nosotros siempre hubiéramos ayudado a los ingleses con toda nuestras fuerzas a preservar su imagen. Todavía a principios de 1941, después de los primeros éxitos en África y el recuperado prestigio de las armas, la oportunidad era favorable para zafarse del asunto y concertar una paz de compromiso. ¿Por qué Churchill ha sometido incondicionalmente su país al dictado de los Aliados judeo-americanos, que en realidad se muestran mucho más codiciosos que sus peores enemigos? La Inglaterra de nuestros días no hace su guerra, hace la guerra a la cual sus Aliados llenos de odio la han forzado.

A nosotros, los alemanes, en cambio, no nos quedó otra alternativa. En el instante en que el Mundo se dio cuenta de que yo, dispuesto y decidido a unir a todos los alemanes en un Reich, iba a conquistar luchando el espacio vital para el pueblo, de modo de asegurar a esta Gran Alemania independencia y poder, los enemigos se pusieron de acuerdo. Esta guerra era para nosotros inevitable ya por el hecho de que el único camino de evitarla hubiera significado la renuncia a los derechos vitales básicos del pueblo alemán. Para el pueblo alemán un status de pseudo-soberanía es inconcebible. Esto puede ser soportable para suizos o suecos, que en todo momento se dejan conformar con exterioridades cuando al mismo tiempo se pueden llenar los bolsillos: ciertamente la República de Weimar se había avenido a ello y su camarilla gubernamental judaicamente emparentada se sentía visiblemente bien en el banco de los sirvientes de la Liga de las Naciones en Ginebra. ¡De esta especie de ambición, por cierto, el Tercer Reich se sabe libre!

Así los alemanes nos hallábamos condenados a la guerra, lo único que aún podíamos determinar nosotros mismos era la elección del momento favorable. Pero no había posibilidad de retroceder para nosotros. Nuestros enemigos no sólo han puesto la mira sobre nuestra visión del mundo nacionalsocialista, a la que hacen responsable de que haya llevado a la plena realización las facultades del pueblo alemán, sino sobre todo la alemán sencillamente. Quieren nuestro aniquilamiento radical. Sobre esto no hay duda. No podemos estar demasiado agradecidos a nuestros enemigos por esta franqueza.

El Viejo Federico se encontraba durante la Guerra de los Siete Años permanentemente al borde de la catástrofe. Al final de sus fuerzas, resolvió durante el invierno de 1762, envenenarse en un día por él mismo determinado de antemano, si hasta entonces no se lograba modificar el curso infortunado de la guerra. Y tres días antes del plazo muere inesperadamente la Zarina, y

como por un milagro todo se vuelve a favor. Como el Gran Federico, también nosotros estamos solos frente a una coalición de poderes enemigos. Pero las coaliciones son obra humana, mantenidas por la voluntad de unos pocos. Un Churchill puede desaparecer y todo cambiaría. Con su fin quizás una elite de Inglaterra tomaría conciencia del abismo ante el cual la entrega al Bolcheviquismo la coloca, y podría haber un repentino despertar. Aquellos ingleses por los que en último término también hemos luchado y que podrían ser los beneficiarios de los frutos de nuestro triunfo...

Todavía podemos arrebatarnos para nosotros la victoria en un último esfuerzo. ¡Qué nos sea dado el tiempo para esta última prueba de fuerza! Para nosotros se trata sólo simplemente de seguir existiendo en independencia ya significa para nosotros una victoria. Esto sólo sería suficiente para justificar esta guerra inútil. La guerra como tal era inevitable. En verdad, los enemigos del Reich Nacionalsocialista ya a partir de 1933 han urgido para ello.

II

Sólo un pueblo que permanece íntimamente arraigado al terruño alcanzará su plena floración. El ser humano no debe separarse nunca del suelo en el que tuvo la suerte de nacer. Sólo temporariamente puede ausentarse al extranjero, pero siempre animado del pensamiento de retornar al hogar. Los ingleses, que compulsivamente se convirtieron en colonizadores -y ellos fueron grandes colonizadores-, por lo general se han atenido a esta regla.

Los pueblos continentales me parece necesario que sólo se expandan donde la continuidad geográfica con los territorios conquistados esté asegurada.

Esta necesidad del arraigo en el suelo es propia sobre todo de los pueblos continentales, y creo que es válida en forma muy especial para los alemanes. De esto se explica, sin duda, que nunca hemos tenido una verdadera inclinación por colonias transoceánicas. De la antigüedad tanto como de la Historia contemporánea, se desprende que las empresas transmarítimas a la larga sólo contribuyeron a la pauperización de las naciones que se aventuraron a ellas. Todas agotaron en ello sus fuerzas. Todas sucumbieron, por último, como justicia compensadora a la presión de las fuerzas que ellas mismas habían llamado o despertado. ¿Habría para esto mejor ejemplo que el de los helenos? Lo que vale para los antiguos griegos también se verifica en la época actual para los europeos. No hay duda: el retorno a la conciencia de los valores propios es una necesidad para los pueblos. Quien tome el trabajo de estudiar un período de tiempo suficientemente prolongado encontrará que los hechos confirman esta aseveración.

España, Francia, y por último también Inglaterra se han desangrado en estas empresas coloniales, perdiendo su fuerza vital. Los continentes que España e Inglaterra despertaron a la vida, que recrearon desde el fundamento, llevan hoy una marcada existencia propia. Apenas recuerdan su procedencia en vacuas frases. Pese a ello, son organismos artificiales que carecen de tradición, de alma y cultura, no constituyen otra cosa que estructuras arbitrarias. Se puede hablar de un éxito de la nueva colonización en los continentes prácticamente despoblados. Este es el caso de los Estados Unidos de América y de Australia. Éxitos, lo admito, pero sólo en el plano material. También éstas son construcciones artificiales, estructuras sin alma, de las cuales no se sabe si han quedado atascadas en la edad infantil o si ya son presas de la senilidad. En los continentes ya habitados el fracaso fue aún más evidente. Aquí los blancos sólo pudieron hacerse aceptar mediante la violencia, y su influencia sobre la naturaleza de los habitantes fue, por así decir, nula. Los hindúes siguieron siendo hindúes al igual que los chinos y los musulmanes. No hubo transformaciones profundas en el terreno de la religión menos aún que en otros, y eso a pesar de los ingentes esfuerzos de las misiones cristianas. Muy raros son los casos de verdaderas conversiones, cuya franqueza habría primeramente que demostrar, cuando no se trataba de seres marcadamente simples de espíritu. Pero una cosa les trajeron los blancos de todos modos a estos pueblos, o sea lo peor que podían hacerles, los graves flagelos de la Humanidad: el Materialismo, el

Fanatismo, el Alcoholismo y la Sífilis. Por lo demás, estos pueblos siguen siendo fieles a sí mismos en todo lo que les era propio y en lo que nos eran superiores. Lo que fue impuesto por la violencia mostró resultados aún peores. El sano criterio humano debería hacer desistir a uno de tales intentos, ya que de antemano se sabe que son en vano. Sólo de un único éxito pueden hacer alarde los colonizadores: en todas partes han despertado el odio. El odio que impulsa a echarnos a todos estos pueblos a los que hemos perturbado en su propia vida. Al parecer su despertar sirve exclusivamente a este objetivo. ¡Que se me diga si a través de la colonización se incrementó en este Mundo el número de cristianos! ¿Cuáles han sido las conversiones en masa como las suscitadas por el creador del Islam? En Asia y África veo aquí y allá sólo minúsculas manchas de color que conforman las pequeñas islas de la Cristiandad, que lo son más bien de nombre. Ese ha sido todo el éxito de la admirada misión cristiana, cuyos anunciadores han tomado para sí solos la Verdad divina en arrendamiento hereditario.

Si la política colonial no corresponde a una inclinación alemana, ya en ello solamente reside la justificación del hecho de que el Reich no puede sentirse solidario con aquellos países que ejercen una política de sojuzgamiento de pueblos extraños, y que bajo ninguna circunstancia debe tener la idea de prestar su apoyo a los colonizadores. Queríamos anunciar a Europa una Doctrina de Monroe aplicable a Europa: "Europa a los europeos". Pero esto también debe significar que los europeos no tienen que inmiscuirse en los asuntos de otros continentes.

El destino de los descendientes de los penados británicos en Australia nos deja helados. Si su fuerza vital no alcanzara para acrecentar la densidad de población en la medida deseada, entonces no deben contar con nosotros. No tengo nada en contra de que la vacuidad de su continente atraiga la fecundidad rebotante de Asia. Que esto la arreglen entre ellos. De cualquier modo no es preocupación nuestra.

III

El hecho de que una raza quiera mantenerse pura, demuestra precisamente su fuerza vital y su voluntad de vivir. Me parece sólo normal que cada cual posea su orgullo racial, y esto no significa en absoluto despreciar a los demás. Nunca tuve la opinión de que tal vez los chinos fueran racialmente inferiores. Ambos pertenecen a viejas culturas y admito francamente que su tradición es mayor que la nuestra. Tienen todo el motivo de estar orgullosos de ello, al igual que nosotros estamos orgullosos del círculo cultural al cual pertenecemos. Hasta creo que será tanto más fácil llegar a un entendimiento con los chinos y japoneses cuanto más persistan en su orgullo racial. El orgullo basado en la pertenencia a una raza era, en realidad, algo desconocido para el alemán. Esto se explica por los últimos tres siglos de escisiones internas, de Guerras de Religión, por las influencias de Occidentes, por efecto del Cristianismo, porque el Cristianismo no es una fe en Dios nacida del carácter germánico, sino una religión impuesta por la fuerza, que contradice la esencia germánica. El orgullo racial es, cuando se hace notable en el alemán o hasta adquiere formas agresivas, sólo una reacción compensadora de los sentimientos de inferioridad de numerosos alemanes. Por supuesto, esto no es válido para los prusianos. Ellos se han conquistado desde el mundo de Federico el Grande la tranquila superioridad de aquellos que no tienen necesidad de hacer ostentación de su autoseguridad. Merced a estas cualidades especiales los prusianos probaron encontrarse capacitados para realizar la unión de Alemania. El Nacionalsocialismo dio a todos los alemanes esta orgullosa superioridad que hasta ahora fue propia exclusivamente de los prusianos.

También los austríacos tienen, como los prusianos, el orgullo nacional en la sangre. Pero ello proviene de que nunca estuvieron bajo dominio extraño, sino que, por el contrario, mandaban a otros pueblos y sabían procurarse obediencia. Los austro-alemanes reunieron sus experiencias en el manejo del dominio y del poder, y en ello ha de verse la razón de su por nadie discutida condición de hombres de "mucho mundo" (Weltgewandtheit).

El Nacionalsocialismo, como en un crisol, hará resurgir en forma pura todas las peculiaridades del alma alemán. De ello saldrá el tipo del moderno alemán: laborioso, consciente, seguro de sí mismo, pero sencillo, orgulloso no de lo que él es como individuo sino de su pertenencia a la gran comunidad, a la que el Mundo tributará su admiración. Este sentimiento de superioridad alemán de ninguna manera implica una actitud de desprecio frente a los otros. Nosotros en ocasiones hemos sobrevalorado algo intencionalmente este sentimiento, porque al principio lo consideramos como fuerza propulsora para llevar a los alemanes en la forma más rápida al camino justo. La exageración por un lado casi siempre tiene como consecuencias una reacción hacia el lado contrario. Esto se halla en la naturaleza de las cosas. Pero todo esto no se realiza de la noche a la mañana. Para ello debe ayudar el tiempo. Federico el Grande es el verdadero creador del tipo prusiano. Se requirieron dos o tres generaciones para que se convierta en carne y sangre, para

hacer del estilo de vida prusiano un rasgo del carácter inherente a todo prusiano.

IV

a sido nuestra fatalidad en esta guerra que para Alemania simultáneamente estalló demasiado temprano y por otra parte, algo demasiado tarde. En relación al armamento hubiese sido en ventaja nuestra si hubiera comenzado un año antes. Yo por mi parte hubiera debido tomar la decisión correspondiente en el año 1938 y no haber dejado que me la impusieran en 1939, ya que la guerra en cualquier caso era inevitable. Pero no fue culpa mía si los ingleses y franceses aceptaron en Munich todas mis condiciones. Por una parte sobrevino, en consecuencia, demasiado tarde.

Pero teniendo en cuenta nuestro armamento moral era, con mucho, demasiado temprano. No me ha quedado tiempo de ir formando a los seres humanos para mi política. Hubiera necesitado veinte años para hacer que madurase una nueva selección nacionalsocialista. Una selección de hombres jóvenes que desde su niñez hubiesen crecido dentro de nuestra doctrina. Es la tragedia de los alemanes que nunca tenemos suficiente tiempo. Siempre somos urgidos por las circunstancias. Y si estamos de esta manera bajo la presión del tiempo, ello es porque nos falta el espacio. Los rusos en sus infinitas lejanías se pueden permitir esperar. El tiempo trabaja para ellos. Y él trabaja contra nosotros. Y aun cuando la Providencia me hubiera obsequiado una larga vida para llevar a Alemania al lugar al sol que le corresponde, estoy, sin embargo, férreamente convencido de que los adversarios no hubiesen permitido esto. Hubieran intentado aniquilarnos antes de que una Alemania Nacionalsocialista en el sentimiento y la razón, consolidada por una fe unánime, se volviese invencible.

En la carencia de una elite según nuestra idea debimos conformarnos con el material humano existente. ¡El resultado está de acuerdo con ello! Al no concordar la concepción espiritual con la realización prácticamente posible, la política de guerra de un Estado revolucionario como el Tercer Reich se convirtió necesariamente en una política de pequeños burgueses reaccionarios. Nuestros generales y diplomáticos son con pocas excepciones hombres de ayer, que viven la guerra como la política según el estilo de una época superada. Esto vale para los sinceros lo mismo que para los otros. Los unos fallan por incapacidad o falta de entusiasmo, los otros sabotean intencionalmente.

Nuestra política con respecto a Francia fue una total insensatez. Jamás, pero perjudicial para nosotros. Abetz se creyó sabihondo cuando se convirtió en heraldo de una política de entendimiento y empujó en esa dirección nuestra política con Francia. En la ilusión de anticiparse a los acontecimientos, en realidad cojeó detrás de ellos. El soñaba con una Francia de Napoleón, es decir, con una nación francesa que sabe captar y apreciar el valor comprometedor de un tratamiento magnánimo del vencido. Ha pasado de largo sin ver los hechos y no se ha dado cuenta de que Francia en estos cien años ha adquirido otro rostro.

En el supuesto de la derrota del Reich y del nacimiento de aspiraciones nacionalistas en Asia, en África y quizás asimismo en Sudamérica, habrá ya sólo dos potencias en el Mundo que puedan enfrentarse como pares: los Estados Unidos y la Rusia Soviética. Por las leyes de la historia y la situación geográfica estos dos colosos están determinados a medir sus fuerzas, sea en el terreno militar o sólo en el económico e ideológico.

Debido a las mismas leyes ambas potencias deben ser enemigas de una Europa independiente.

Si América no logra alcanzar mediante esfuerzo una concepción vital algo menos infantil que su actual moral simplista basada en pura psicosis de masas y en una así llamada ciencia cristiana, se torna dudoso por cuanto tiempo todavía este Continente quedará bajo predominio blanco. Se pondrá en evidencia en tal caso que este coloso de barro, tras una ascensión vertiginosa a modo de cohete, tan sólo fue capaz de su autodestrucción. ¡Qué posibilidades para la raza amarilla en vista de semejante decadencia! Legal e históricamente observado tendrá exactamente los mismos derechos, o tomado exactamente, igualmente los pocos derechos para una invasión de este Continente que los europeos en el siglo XVI.

Sus masas populares subalimentadas que acrecen a diario le dan el derechos de los hambrientos de aplacar el hambre. Y este es el único derecho que reconoce la Historia, bajo la condición de que este derecho tenga poder de su lado!

V

La decisión más difícil en esta guerra fue para mí la orden de atacar a Rusia. Siempre había defendido la opinión de que Alemania no debe conducir una guerra en dos frentes, y nadie debe poner en duda que he estudiado y reflexionado más que cualquier otro sobre las experiencias de Napoleón en Rusia. ¿Pero, por qué entonces esta guerra contra Rusia? ¿Por qué en el momento determinado por mí?

Ya no había esperanzas para nosotros de terminar la guerra en el Oeste con una invasión de la Isla inglesa. Este país dirigido por ignorantes se hubiera resistido a reconocer nuestro rol conductor en Europa y arribar a una honesta conclusión de la paz mientras una potencia esencialmente enemiga del Reich quedase sin derrotar en la propia Europa. La guerra debía prolongarse por este motivo hasta el infinito, una guerra en la que los americanos participaban entre bambalinas en creciente medida. El peso del potencial humano y material de los E.E.U.U., el incesantemente progresivo incremento de la técnica de guerra y de las nuevas armas, tanto de parte nuestra como del enemigo, la amenazante proximidad de la costa inglesa, constituían factores que nos obligaban a intentar evitar una guerra de larga duración por todos los medios. El tiempo -siempre de nuevo el tiempo- trabajaba en medida creciente contra nosotros. El único medio para ablandar aún a los ingleses y forzarlos a la paz era quitarles la esperanza, a través del aniquilamiento del Ejército Rojo, de enfrentarnos en el Continente con un adversario equivalente. No nos quedó otra alternativa que eliminar el factor Rusia del campo de fuerza europeo. Había para ello también un segundo motivo igualmente contundente: el peligro latente que amenazaba por la mera existencia del Bolchevismo. El ataque desde ese lado debía producirse un día en forma sencillamente inevitable.

Nuestra única posibilidad de lograr la victoria sobre Rusia residía en adelantarnos a su ataque, porque una guerra defensiva contra la Unión Soviética estaba para nosotros fuera de consideración. En ningún caso podíamos dejar al Ejército Rojo la ventaja del terreno, nuestras autovías para el asalto de los tanques rojos, nuestros ferrocarriles para el transporte de sus tropas y materiales. Podíamos derrotar a los bolcheviques en sus bosques, pantanos y tremedales, si tomábamos a tiempo la decisión de actuar, pero nunca sobre el suelo de un espacio abierto a las comunicaciones como el nuestro.

¿Por qué en 1941? Porque se imponía no esperar ni un momento más de lo necesario y ello tanto más que nuestros adversarios en el Oeste reforzaban incesantemente su poder. Por otra parte, tampoco Stalin de ninguna manera se mantuvo inactivo. En ambos frentes el tiempo trabajaba contra nosotros. La pregunta, por lo tanto, aquí no es "¿Por qué ya el 22 de Junio?, sino "¿Por qué no antes?" Sin las dificultades originadas por los italianos con su estúpida campaña griega, en efecto, yo ya hubiera atacado a los rusos algunas semanas antes. Se trata de entretenerlos

entretanto, y fue mi constante preocupación durante las últimas semanas que Stalin pudiese cipársenos.

Había otro motivo más: los rusos disponían de materias primas que nos eran indispensables. A pesar de las obligaciones contractuales contraídas, retardaban los suministros y un día éstos podían faltar por completo. Lo que no nos querían suministrar de buena voluntad, debíamos en consecuencia ir a buscarlo en el lugar nosotros mismos. Tomé esta decisión inmediatamente después de la visita que en Noviembre realizara Molotov en Berlín, porque a partir de este momento sabía que a la corta o a la larga Stalin defeccionaría y se pasaría al campo aliado. ¿Había de seguir esperando para estar mejor armado? No, porque de esa manera entregábamos la ley de la acción. Nuevamente no, porque de esa manera entregábamos la ley de la acción. Nuevamente no, porque hubiéramos pagado demasiado caro la incierta postergación. Es que hubiéramos debido ceder a los intentos de extorsión bolcheviques en relación a Finlandia, Rumania, Bulgaria y Turquía, y esto estaba para mí fuera de toda discusión.

Era incompatible con la misión del Tercer Reich como defensor y protector de Occidente, sacrificar los países amigos ante el altar del Bolchevismo. Una conducta tal era deshonrosa y hubiéramos sido castigados tanto más por ello alguna vez. Una miserable especulación falsa, por consiguiente, tanto desde el punto de vista moral como militar. Cualquier cosa que hiciéramos, esto o aquello, la guerra contra Rusia seguía siendo inevitable y a lo sumo corríamos el albur de tener que librarla con posterioridad bajo premisas esencialmente más desfavorables.

De resultas de ello, el mismo día de la partida de Molotov he ordenado los preparativos militares para saldar la cuenta con Rusia al comienzo de los primeros días buenos.

No cumplimos con nuestra finalidad y hemos desaprovechado nuestra ventaja cuando omitimos, después de 1940, liberar a la capa trabajadora francesa. Igualmente al no haber otorgado la independencia a los pueblos de ultramar bajo protectorado francés. El pueblo francés con seguridad no nos guardaría rencor si lo hubiéramos liberado de la carga del Imperio colonial. En este terreno dicho pueblo siempre evidenció más sano criterio humano que las capas presuntamente llamadas para la conducción. Tiene en mayor medida que esta camarilla dirigente el sentido innato por el auténtico bien de la nación. Bajo Luis XV tanto como bajo Jules Ferry se rebeló contra la insensatez de aventuras coloniales. No es de mi conocimiento que Napoleón se haya vuelto impopular porque canjeó Luisiana por dinero. A la inversa, su sobrino incapaz perdió su prestigio en la aventura de Mexico.

VI

Al juzgar fríamente los acontecimientos, dejando de lado por una vez el sentimiento, debo admitir que mi inquebrantable amistad con el Duce y la lealtad a la alianza con Italia podrían serme imputadas en el balance como faltas. La alianza con Italia evidentemente ha ayudado más a nuestros enemigos de lo que nos ha sido útil a nosotros. La entrada en la guerra de Italia nos trajo sólo escasas ventajas en comparación con las innumerables dificultades que estaban unidas a ello. Italia, si no ganamos esta guerra a pesar de todo, tendrá su medida participación en nuestra derrota.

El mejor servicio que Italia nos podía prestar consistía en mantenerse fuera de las acciones bélicas. Esta no-ingerencia le hubiera valido todo posible reconocimiento de nuestra parte y los presentes más valiosos. Mientras se conformó con este modesto rol de espectador podíamos colmarla de testimonios de agradecimiento. En caso de victoria estábamos dispuestos a compartir la gloria y los beneficios con el socio del Eje. Con placer hubiéramos colaborado en proclamar a todo el Mundo el mito histórico de la primacía de los italianos en el Mediterráneo, como los legítimos descendientes de los antiguos romanos. ¡Todo esto era, por cierto, aún mejor que tenerlos como aliados!

El ingreso de Italia en la guerra, que recién se produjo en junio de 1940 para dar el puntapié a un ejército francés en completa disolución, debía sólo empañar el brillo de nuestra victoria reconocida incondicionalmente por el derrotado. Francia admitió la derrota que le fue infligida en forma total por la Wehrmacht, pero no aceptaba haber sido vencida por las potencias del Eje.

El aliado italiano, para decirlo sin ambages, nos estorbaba en todas partes. A causa suya no pudimos practicar en África del Norte una política fundamentalmente nueva. Bajo las circunstancias dadas era evidente que Italia reclamaba este espacio para sí, y el Duce también hacía valer siempre esta exigencia. Solos hubiéramos tenido la posibilidad de liberar a los pueblos dominados por Francia. Un tal alzamiento debía tener efectos inabarcables en Egipto y en el cercano Oriente sometidos por los ingleses. Por el hecho de haber ligado nuestro destino al de los italianos, dicha política era inconcebible. Y eso que todo el Islam se estremecía ante la expectativa de nuestra victoria. Los pueblos de Egipto, de Irak y del Cercano Oriente en su totalidad estaban dispuestos para el alzamiento. ¡Qué es lo que no hubiéramos podido hacer para ayudarles, para afianzar su valor, como nuestra convivencia y nuestra empresa lo exigía! Las circunstancias de estar aliados con los italianos nos paralizaba y causaba además en nuestros amigos mahometanos un malestar porque para ellos, voluntariamente, éramos cómplices de sus opresores. Es que los italianos en esos territorios son más odiados aún que los franceses e ingleses. El recuerdo de las atrocidades contra los Senusi sigue aún estando vivo. A ello hay que agregar la ridícula pretensión del Duce de hacerse consagrar como la así llamada Espalda del

Islam, que ya antes de la guerra provocada solamente una mueca sarcástica. Este título, que le cuadra el profeta Mahoma y a un conquistador como Omar, Mussolini se lo había hecho otorgar por algunos pobres diablos que había pagado o extorsionado para ello. Y eso que para nosotros, los alemanes, una generosa política pro-islámica era tan sencilla y lógica. Nos ha sido echada a perder, así como muchas otras cosas fueron echadas a perder por nuestra fidelidad a la alianza!

Sólo los italianos nos han impedido jugar una de nuestras mejores cartas en este escenario de guerra: consistía en declarar como independiente a todos los pueblos bajo protectorado francés y provocar un levantamiento general de los territorios sometidos a los británicos. Una política semejante hubiera sido recibida en todo el Islam con entusiasmo. Es, en efecto, una peculiaridad del mundo mahometano que tanto las buenas como en las malas experiencias de cada uno de sus troncos y pueblos sean sentidas y juzgadas con la misma intensidad por todos los otros, desde el Atlántico hasta el Pacífico.

Visto desde un aspecto moral la resultante de nuestra política fue fatal en doble sentido. Por un lado ofendíamos, sin recibir a cambio beneficio alguno, el orgullo de los franceses. Por el otro, estábamos obligados a dejar intacto el dominio hasta entonces ejercido por ellos sobre las colonias, solamente en base a la preocupación de que Libia y Cirenaica de lo contrario podrían contagiarse y exigir a su vez la independencia. Las consecuencias fueron nefastas, porque en el momento actual todos estos territorios están ocupados por los angloamericanos. ¡Nuestra absurda política hizo posible a los pérfidos ingleses presentarse en Siria, Cirenaica y Trípoli como libertadores!

Analizando en el plano militar el balance no presenta mejor aspecto! El ingreso de Italia en la guerra condujo casi automáticamente a las primeras victorias de nuestros adversarios, con lo cual Churchill pudo reavivar coraje de sus compatriotas y todo el mundo anglófilo comenzó a alentar nuevamente esperanzas. A pesar de su incapacidad para mantenerse tan sólo en Abisinia y Cirenaica, los italianos tuvieron el descaro de precipitarse son consultarnos y hasta sin siquiera decirnos una palabra, en la campaña de Grecia, absolutamente insensata. Su lastimoso fracaso incitó la mordacidad de ciertos sectores de los Balcanes contra nosotros. Aquí y no en ninguna otra parte están las causas de las crecientes dificultades con Belgrado, cuya consecuencia última fue la defección de los yugoslavos en la primavera de 1941. En contra de nuestra voluntad nos vimos por ello obligados a intervenir con la fuerza de las armas en los acontecimientos de los Balcanes, de lo cual resultó forzosamente el fatal retraso de la concentración con Rusia. Además, la fuerza combativa de algunas de nuestras mejores divisiones fue gastada inútilmente. Esto nos impuso la ocupación de extensos espacios, en los que, de lo contrario, la presencia de nuestras tropas hubiera sido innecesaria. Porque los Balcanes muy gustosamente se hubieran limitado a una neutralidad simpatizante frente al Reich.

A nuestros Stukas y paracaidistas, en verdad, hubiera preferido ponerlos en acción sobre Malta y Gibraltar que sobre Corintio y Creta.

¡Ojalá los italianos no hubiesen metido su cuchara en esta guerra! ¡Ojalá se hubiesen quedado

en la "no-beligerencia"! ¡Qué inmenso valor debía tener semejante conducta para nosotros en razón de nuestra amistad y mancomunidad de intereses! Hasta los aliados estaban interesados en ello. Porque aunque no tenían un respeto demasiado grande por el poder militar de Italia, no obstante apenas creyeron posible que defecionaran de tal manera. Por eso debían considerar como algo especialmente fortuito que los italianos permaneciesen neutrales. Pero como para los enemigos no estaba garantizada una duradera neutralidad de Italia, bajo la amenaza de una posible entrada en la contienda tendrían que haber dispuesto la instalación de considerables tropas en sus fronteras. Para nosotros, en cambio, esto habría significado un número determinado de unidades británicas, no habituadas ni a la lucha ni a la victoria, firmemente atadas en el Mediterráneo, una Kartoffelkrieg (1), esta vez para nuestra exclusiva ventaja.

Una guerra de larga duración es favorable al adversario en la misma proporción en que sirve a su capacitación y experiencia. Yo había tenido la esperanza de conducir la totalidad de la guerra de modo tal que el enemigo nunca tuviese ocasión ni tiempo para copiar nuestro moderno arte de Blitzkrieg. En Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, y Francia hemos logrado esto. Las rápidas victorias, con las mas bajas pérdidas por ambos lados, eran sin embargo éxitos contundentes tanto militares como políticos, ya que pusieron al adversario totalmente fuera de combate.

Si esta guerra hubiera continuado siendo una guerra conducida por Alemania y no por el Eje entonces hubiéramos atacado a Rusia ya a partir del 15 de Mayo de 1941. Fortalecidos por la conciencia de victorias y campañas totales e incontrovertidas y precedidos por la fama de las mismas, estábamos en condiciones de finalizar la campaña del Este aun antes de la llegada del invierno. ¡Todo hubiese resultado distinto! Por gratitud (porque no he olvidado jamás la postura del Duce en ocasión del Anschluss de Austria) me he abstenido siempre de criticar y de vertir un juicio sobre Italia. Antes al contrario, me he esforzado por tratarla siempre como a un par. Las leyes de la vida demuestran que es un error tratar como iguales a aquellos que no lo son. El Duce era mi par; hasta me superaba en las ambiciones respecto a su pueblo. ¡Pero lo decisivo no son las ambiciones, sino los hechos!

Nosotros, los alemanes, nunca debemos olvidar que en situaciones difíciles es siempre mejor estar solos. Nosotros tenemos todo que perder, pero nada que ganar si nos atamos a débiles y tal vez nos elegimos aliados que ya antes suministraron más de una prueba de su versatilidad.

He formulado frecuentemente la sentencia de que donde está Italia acude la victoria. Hubiera debido decir mejor que allí donde está la victoria acude también Italia. En lo que hace a mi opinión personal con el Duce nada ha cambiado, tampoco mis simpatías por el pueblo italiano. Pero lamento haber suprimido la voz de la razón, que me recomendaba una crítica desapasionada a pesar de toda la amistad con Italia. Hubiera redundado tanto en ventaja personal para el Duce como en provecho de su pueblo. Sin embargo, sé que no me hubiera perdonado una actitud semejante, sé que mi desconfianza y duda podrían haberlo herido gravemente.

Pero de esta consideración mía se originaron consecuencias de mucho peso que pudieron ser

evitadas porque no eran inevitables. La vida no perdona ninguna debilidad.

VII

La intervención de Japón en el conflicto no tuvo para nosotros ninguna clase de consecuencias desventajosas, aunque los japoneses suministraron a Roosevelt el ansiado pretexto para movilizar las fuerzas armadas americanas también contra nosotros. Pero Roosevelt, impulsado por el Judaísmo, de todos modos estaba decidido a la guerra y al aniquilamiento del Nacionalsocialismo y nadie necesitaba darle un motivo para ello. Era perfectamente capaz de fabricar él mismo los pretextos necesarios para superar el sano aislacionismo existente en el pueblo. Una falsificación más o menos, no importaba para el caso.

No obstante ello, la dimensión y el efecto de los estragos causados en Pearl Harbor fue para él un plato servido. Exactamente lo que necesitaba para empujar a sus connacionales a la guerra y eliminar en su país los últimos obstáculos. Es que había hecho todo lo posible para provocar a los japoneses. Ese todo era, por cierto, únicamente la reedición adaptada a una escala global de aquella intriga que ya en la Primera Guerra Mundial le dio tan excelente resultado a Wilson: el cínico y provocado torpedeamiento del "Lusitania" como preparativo psicológico de los americanos para la declaración de guerra a las Potencias Centrales.

Si ya en 1917 no pudo ser evitada la intervención de los americanos, resulta obvio que 25 años más tarde esta intervención está fundamentada forzosamente en los acontecimientos. La guerra con América era inevitable.

Seguramente es de lamentar que los japoneses no intervinieran en el acto con nosotros en la guerra contra la Rusia Soviética. Si hubieran procedido así, los ejército de Stalin no se encontrarían en este instante ante Breslau y los soviéticos no se hallarían en Budapest. Hubiéramos extirpado conjuntamente el Bolcheviquismo antes del invierno de 1941 y Roosevelt habríase cuidado mucho de provocar a semejantes adversarios. Asimismo es de lamentar que los japoneses no ocuparon Singapur ya en 1940, o sea inmediatamente después de la derrota de Francia. Los Estados Unidos, en plenas acciones presidenciales, hubieran sido incapaces de emprender algo. Tampoco hubo jamás un vuelco de la situación en esta guerra.

Sea como fuere, nuestra solidaridad de destino con los japoneses persistirá. Venceremos unidos o nos hundiremos juntos. Es que si el Destino llegara a aniquilarnos primero, apenas puedo imaginarme que los rusos mantengan todavía durante mucho tiempo el mito de "solidaridad asiática" con el Japón.

Los ingleses, sin duda, tuvieron experiencias aún peores con sus aliados románticos. Chamberlain seguramente no se hubiera arrojado tan sin escrúpulos a la guerra si hubiese tenido plena y total claridad en cuanto a los síntomas de descomposición de Francia. Es que Francia según el plan de los ingleses debía tomar sobre sí todos los sacrificios de la guerra terrestre. Nada hubiera sido más fácil para Chamberlain que, después de algunas lágrimas de cocodrilo por la desgracia, dejar librada a Polonia a la partición. En los pueblos románicos se conjuga la

impotencia efectiva con la ridícula pretensión. Sea la Italia amiga o la Francia enemiga, para nosotros esta debilidad se convirtió de igual modo en fatalidad. Las únicas diferencias de opinión entre el Duce y yo se produjeron por el hecho de que de vez en cuando yo me veía forzado a tomar ciertas medidas precautorias. Por supuesto le otorgué personalmente plena confianza, pero debí dejarlo siempre en la incertidumbre acerca de mis planes cuando por una indiscreción podían verse estos en peligro. Es que la misma confianza que yo otorgaba a Mussolini la trasladaba él a Ciano, y este necio no conocía secretos ante las bellas mujeres que lo cogían en sus redes. Hemos pagado caro este conocimiento. Pero nuestros adversarios pagaban en efectivo para enterarse de algo, y por este camino más de un secreto llegó a ellos. De modo que tuve mis buenas razones para no decir siempre completa verdad al Duce. Es lamentable que no tuviese comprensión en tal sentido y llegó a ser catastrófico cuando no solo malinterpretaba esto, ofendido, sino que me pagaba con la misma moneda.

¡En verdad tenemos suerte con los latinos! Mientras me trasladé a Montoire para demostrar una grotesca política de colaboración y seguidamente a Hendayas para soportar un beso de Judas, un tercer latino, que era mi verdadero amigo, aprovechó la oportunidad de mi ausencia para iniciar su malhadada campaña a Grecia.



No necesitábamos nada tan indispensablemente como la paz para ejecutar nuestra obra. Siempre he buscado la paz. La voluntad de nuestros enemigos nos ha impuesto por la fuerza esta guerra. La campaña de azuzamiento para la guerra data ya de enero de 1933, el día de la recepción del poder.

Dos frentes, por un lado el Judaísmo mundial y sus cómplices, por el otro lado los representantes de una política nacional de realidades, se oponen permanentemente en el curso de la historia como campos irreconciliables.

Los unos tienen como meta el bienestar del individuo abstracto y corren tras la quimera de una solución universalista. Los otros son los seres humanos de la acción y de la realidad (Tat-Wirklichkeitsmenschen). El Nacionalsocialismo conoce sólo la Alemandad y ninguna otra cosa le interesa en el Mundo.

Los Universalistas, Internacionalistas y Utopistas apuntan a la Nada. Prometen un paraíso inalcanzable y engañan con ello al Mundo. De cualquier modo que puedan disfrazarse, como cristianos, comunistas o liberales, sean locos honestos o defraudadores cínicos. Todos ellos trabajan en el sojuzgamiento del género humano, pero yo siempre he tenido únicamente ante la vista en este Mundo para mi pueblo lo que estaba en el ámbito de lo posible y en nuestro poder. Y esto significa el bienestar espiritual y material del pueblo alemán.

Siempre he prometido sólo lo que podía cumplir y estaba firmemente decidido a cumplir. Esta es una de las razones del abismal odio que me he atraído. Precisamente porque no prometía, como todos mis adversarios, lo imposible, les arruiné el proyecto. Seguí siendo excluido de la asociación de los apóstoles de la Humanidad y de los políticos profesionales, cuyo celosamente guardado secreto es la explotación de la necesidad humana.



La doctrina nacionalista no es, y lo he recalado constantemente, un artículo de exportación. Ha sido creada exclusivamente para el pueblo alemán (2). Toda exigencia nacionalsocialista se dirige de ahí necesariamente a metas limitadas y alcanzables. Por eso tampoco soy capaz de creer ni en la paz indivisible ni en la guerra indivisible. En los días de Munich me ha quedado en claro que los enemigos del Tercer Reich pedían a cualquier precio nuestra cabeza y que no existía base alguna de negociación con ellos. Cuando el plutócrata burgués de Chamberlain con su pacífico y engañoso paraguas se dirigió a volar al Berghof para conferenciar con el arribista Hitler, él ya sabía que Inglaterra nos declararía alguna vez la guerra a muerte. Él estaba dispuesto a prometerme el azul del cielo para adormecerme. Lo que tenía en mente con su repentino deseo de viajar era única

y exclusivamente ganar tiempo. En ese instante nosotros hubiéramos debido atacar sin dilaciones. Ya en 1933 debimos atacar. Era entonces la última oportunidad de limitar la guerra.

Pero ellos aceptaron todo; como débiles cedieron a todas mis exigencias. Bajo tales premisas era efectivamente difícil promover una guerra por una nadería. Hemos perdido en Munich la oportunidad única de ganar fácil y rápidamente la guerra inevitable.

A pesar de que también nosotros en esa época estábamos todo menos preparados para la guerra, nos hallábamos, sin embargo, mejor armados que nuestros adversarios. Fue en septiembre de 1938 el instante más favorable pues un ataque significaba para nosotros el menor riesgo. Por añadidura, con la ventaja de excluir una expansión de dimensiones mundiales de la guerra.



(2) Como este no es un documento oficial, por un elemental principio de seriedad editorial, consideramos necesario señalar para ilustración del lector que Hitler afirma en Mein Kampf que "el Movimiento Nacionalsocialista en Alemania deberá afirmar que por lo menos en nuestra propia patria se defina al enemigo mortal y que la lucha contra él sirva también a los demás pueblos de guía luminosa hacia un porvenir mejor de la humanidad aria". Este mismo concepto fue permanentemente reiterado especialmente en sus últimos discursos, como por ejemplo, el que pronunciara el 30 -1-1944: "Al perpetuar (los judíos) esta guerra contra la Alemania Nacionalsocialista, contribuirán a difundir las ideas de la revolución nacionalsocialista y a poner al alcance de las otras naciones los elementos del estudio científico y de la solución real de esa cuestión (la judía)...La grandeza de este histórico conflicto abrirá los ojos y despejará las mentes de las naciones y las acostumbrará a pensar y a obrar en estas dimensiones históricas gigantescas. Millones de soldados y prisioneros de guerra se convertirán en millones de propagandistas de este conocimiento". (N. Del E.)

La guerra con América es una concatenación trágica. Tan absurda como insensata.

Una desdichada casualidad histórica quiso que mi asunción al poder coincidiese con el momento en que el candidato del Judaísmo mundial, Roosevelt, se hizo cargo del timón de la Casa Blanca. Sin los judíos y su representante la Historia hubiera tomado otro curso. De por sí todo habla a favor de que Alemania y los Estados Unidos, aunque no se amen de modo especial y no estrechen vínculos de amistad, al menos se lleven bien sin esfuerzos demasiado grandes. Los alemanes después de todo tienen una participación no insignificante en la población de América. La sangre alemana corrió a torrentes por por su independencia y hombres como el General Steuben desempeñaron en la Guerra de la Independencia americana un papel decisivo. La crisis económica mundial afectó a Alemania y a los Estados Unidos casi en grado idéntico y simultáneamente. También hemos tomado medidas bastante similares para superar la crisis. Pese a todas las dificultades nuestros esfuerzos fueron coronados por extraordinario éxito. Del otro lado, bajo premisas esencialmente más favorables, Roosevelt y su Trust de Cerebros judíos alcanzaron sólo escasos resultados. El fracaso del New Deal tuvo también parte decisiva en la psicosis de guerra.

Los Estados Unidos disponen prácticamente de las condiciones básicas para una economía fuerte, tal como nosotros la soñamos. Poseen un espacio ilimitado, en el que sus energías pueden desarrollarse sin trabas. Esperamos lograr un día asegurarle a Alemania la independencia económica, en el espacio vital adecuado al número de su población.

Alemania no plantea demanda alguna de los Estados Unidos, y estos no tienen que temer ni lo más mínimo de Alemania. Existen todas las premisas para una pacífica convivencia. Pero todo ha

sido echado a perder por el Judaísmo Internacional, que ha elegido a los Estados Unidos como su baluarte más potente. Esto y sólo esto perturba todo.

Los americanos se darán cuenta algún día de que en Roosevelt adoraron a un falso ídolo, y que éste vástago de judíos en realidad fue un criminal que obró tanto en contra de los Estados Unidos como de toda la humanidad. Los ha desviado por caminos en los que nada tienen que buscar, obligándolos a inmiscuirse en disputas que no los interesan. Un mínimo de instinto político les hubiera mostrado la necesidad de proseguir con su acreditada política de aislacionismo y de jugar en este conflicto sólo el rol de imparcial. Con algo de madurez política y un poco más de experiencia reconocido, sin duda, que su decisiva ventaja residía en limitarse a una neutralidad vigilante sólo aún más al cuchillo de sus explotadores judíos. Un verdadero jefe de Estado, si la Providencia hubiera mandado a los Estados Unidos en esta hora crucial uno distinto a este Roosevelt, una personalidad capaz de adaptar la vida americana a las demandas del siglo XX, se hubiera convertido en el presidente más importante después de Lincoln. La crisis de los años treinta fue meramente una crisis de desarrollo, aunque por cierto de dimensión global. El liberalismo económico resultó ser una fórmula obsoleta. Una vez reconocidos la causa y los alcances de esta crisis, se trataba ya sólo de aplicar los adecuados medios de defensa. A esta empresa se hubiese dedicado una verdadera personalidad en la Casa Blanca, y su solución habríale proporcionado una posición única en la tabla de ajedrez del Mundo. Pero para ello tendría que dirigir la atención de sus compatriotas hacia los grandes problemas internacionales, abrirles los ojos sobre nuestro planeta, en lugar de arrojarlos al caos de esta Guerra Mundial como este criminal de Roosevelt lo ha hecho. ¡Pura locura! Con inaudito cinismo abusó de la ignorancia, de la falta de cordura y de la credulidad de los americanos. Roosevelt hizo mirar el mundo a sus yankees a través de los anteojos judíos y los llevó a un camino que conduce a la catástrofe si no reaccionan aún a tiempo.

Los asuntos de los americanos no son cosa nuestra, y me dejaría completamente indiferente cuanto pudiera sucederles, si su postura no ejerciera influencia directa sobre nuestro destino y sobre el de Europa. Hay otro motivo más para que nos llevemos armónicamente con los americanos: ni ellos ni nosotros tenemos inclinación por la colonización. Los alemanes, en verdad, jamás mostraron tendencia alguna por el imperialismo. Considero las tentativas chapuceras de fines del siglo XIX como un breve extravío en nuestra historia. La derrota de 1918 tuvo por lo menos una cosa buena, el detenernos en un camino fatal, al que los alemanes, celosos de los éxitos de cuya transitoriedad no tenían conciencia, insensatamente se habían dejado inducir por el ejemplo de los franceses e ingleses.

Justicieramente deberá considerarse como mérito del Tercer Reich que no vierta ninguna lágrima por este pasado obsoleto. Nosotros, por el contrario, nos volvimos valientes y decididamente al futuro, a la instauración de Estados centrales homogéneos, a la política continental de grandes espacios. Y la tradición americana natural señala en la misma dirección: no-intervención en los asuntos de otros Continentes y rechazo de la injerencia extraña en los asuntos del Nuevo Mundo.

Sólo porque siempre debimos actuar demasiado apresuradamente y bajo coacción, tantas cosas han fracasado! Un proceder rápido equivalía en nuestro caso a obrar precipitadamente. Pero para dejar madurar pacientemente las decisiones se necesitan tiempo y espacio, y ambas cosas nos faltan. Los rusos las poseen en demasía, agregándose a ello aquella tendencia por la pasividad, rasgo esencial de la mentalidad ésticoeslava. Tienen, asimismo, a través de la doctrina marxista, los medios de refrenar al pueblo. Prometen a cambio de ello el paraíso sobre la Tierra, ciertamente recién en remota lejanía, y se diferencian por ello esencialmente del dogma cristiano. El judío Mardochai Marx, un buen hebreo, también esperaba a su Mesías.

Lo transformó sin vacilar un momento en el Materialismo histórico y opuso a la esperanza en lo infinito, el Reino Celestial en la tierra, la Bienaventuranza terrenal. Esta dicha está próxima a asirse, ha sido prometida, pero hay que aguardar sin promover la dicha violentamente. Esta es la treta perfecta, con ella se caza a los tontos. Lo que Lenin no ha logrado, Stalin lo llevará a cabo... y así sucesivamente la serie de tiranos comunistas. Esto es refinado. Pero ¿cómo ha de calificarse entonces al Cristianismo, igualmente brotado del cerebro judío, que se puede dar el lujo de prometer el paraíso a sus creyentes recién en el más allá? Esto es todavía incomparablemente superior.

Yo, a la inversa, estoy bajo el mandato del Destino de llevar a cabo todo dentro de una breve vida humana. Me acompaña sólo una visión del mundo, basada en realidades, cuyos objetivos deben tomar formas asibles y que me prohíbe prometer la Luna. Para lo que los otros tienen la Eternidad, me quedan tan solo unos pocos miserables años. Ellos confían en sus sucesores, que comienzan en el punto donde el antecesor a terminado, hombres sustitutos que con el mismo arado siguen trazando el mismo surco. Yo me pregunto incesantemente dónde se encuentra entre mis colaboradores inmediatos el elegido para seguir llevando adelante la antorcha que se deslizará alguna vez de mis manos.

¡Yo soy para Europa la última oportunidad! La Nueva Europa no será lograda mediante votaciones parlamentarias, tampoco por discusiones y resoluciones, sino solamente mediante la fuerza.

La Nueva Europa sólo puede crecer de las ruinas. No me refiero al montón de piedras de una destrucción material demencial, sino de los escombros espirituales del egoísmo, de la mentalidad estrecha, del obsoleto estatismo particularista y de la política chauvinista de torre de iglesia. Europa debe ser erigida en provecho de todos y también a costa de todos. Esto lo había reconocido perfectamente Napoleón. Nadie más que yo puede sentir mejor en carne propia los tormentos del gran Corso, quien, obsesionado por la conquista de la paz, estaba obligado a llevar incesantemente nuevas guerras, siempre con la esperanza de alcanzar, a pesar de todo, aún la paz. A partir del verano de 1940 vivo los mismos martirios anímicos. Siempre de nuevo Inglaterra, la misma Inglaterra que se cierra a los derechos vitales del Continente. Es cierto que desde entonces se ha vuelto vieja y cansada. Pero por eso también tanto más corrompida y malévola. Y en su accionar desintegrante y antinatural ha encontrado la ayuda de los Estados Unidos, que por su parte están bajo el látigo del Judaísmo mundial. El Eterno Judío vive de nuestra desunión y espera también

para el futuro succionar miel de ello.

Cuando debí llegar a la convicción de que un entendimiento con Inglaterra era imposible, me resolví a buscar la decisión en el Este con la fuerza de las armas. Churchill no había sabido apreciar la generosidad y caballerosidad que, al evitar lo más extremo, había demostrado centenares de veces frente a Inglaterra. Intencionalmente hice preservar a los británicos en fuga en Dunquerque. Si alguien tan sólo les hubiera podido hacer entender que el reconocimiento de nuestra conducción en el Continente, a la que oponían obcecadamente, no podía sino traer ventajas para ellos mismos! Ya a fines de julio, un mes después del abatimiento de Francia, reconocí que la paz una vez más de alejaba de nosotros. Pocas semanas después supe que la invasión de la Isla inglesa antes de las borrascas de otoño, ya no podía lograrse, porque no podíamos asegurarnos el dominio del aire. También reconocí que la invasión de Inglaterra nunca tendría éxito y la he borrado de mis planes.

La conducta de los soviéticos en el verano de 1940, que engulleron el Báltico y Besarabia, mientras nosotros estábamos plenamente ocupados, no dejaba surgir la menor duda sobre sus verdaderas metas. Y si tales dudas realmente todavía hubieran persistido, la visita de Molotov en noviembre las hubiera disipado totalmente. También las propuestas de Stalin después del regreso de su ministro del exterior no me pudieron engañar. Stalin, ese extorsionador nato, sólo quiso ganar tiempo y mejorar sus posiciones de salida en Finlandia y sobre los Balcanes. ¡Un verdadero juego de gato y ratón!

Lástima que no pudimos atacar antes del 15 de mayo, pero para llevar por delante a Rusia en la primera acometida en ningún caso debimos esperar más tiempo. Stalin, a la inversa, podía comenzar cualquier día la guerra. Durante todo el invierno y muy especialmente en los primeros días de la primavera de 1941 me ha robado el sueño el pensamiento de que los soviéticos podrían anticipármelo. Es que el fracaso italiano en Albania y Cirenacia había creado una situación totalmente nueva en los Balcanes y desencadenado un motín. Ante el amigo y el enemigo pareció empañada la fama de la invencibilidad de nuestras armas. En última instancia ésta fue la causa de la defección en Yugoslavia, por lo cual nos vimos forzados a incluir a los Balcanes en la guerra. Una situación que a cualquier precio he querido evitar. Una vez que la guerra hubo tomado esta dirección era natural seguir también la marcha. Sólo una fracción de las unidades aprontadas para la ofensiva contra Rusia hubiera bastado para liberar el Cercano Oriente. ¿Pero habríamos de comprometernos tan lejos de nuestros centros de fuerza y con ello propiamente invitar a los soviéticos a arrojarse a nosotros? Hubieran hecho esto indefectiblemente todavía en el curso del verano, pero a más tardar en el otoño, y entonces bajo condiciones tan desfavorables para nosotros, que toda esperanza en nuestra victoria hubiera sido mera ingenuidad.

Los soviéticos muestran la longanimidad de un paquidermo sólo frente a los demócratas judaizados. Es que saben que éstos de por sí alguna vez, sin necesidad de un impulso exterior, serán sus víctimas: simplemente como consecuencia de las debilidades políticas internas, desatadas por las constantes crisis económicas, se produce la disconformidad de las masas que sucumben al veneno marxista. Pero también saben que jamás pueden especular sobre ello en un

Reich Nationalsocialista. Saben que en todo sentido, en la paz aún más que en la guerra, somos inmensamente superiores.

El letargo ruso también resulta el hecho de que la concepción materialista de la Historia les permite soslayar posibles riesgos y esperar hasta que sus planes estén maduros, una año, una vida, de ser también todo un siglo. El tiempo no cuesta nada. El Marxismo promete a los desposeídos, que él hace serviles, el paraíso sobre la Tierra, pero no hoy, ni tampoco mañana, sino en un futuro incierto.

VIII

En lo que respecta a la política exterior, a nuestra relación con el mundo circundante es completamente imposible establecer dogmas fijos, porque las premisas cambian constantemente. Escribí hace veinte años que en toda Europa existen sólo dos aliados posibles para Alemania: Inglaterra e Italia. El Destino me ha impedido llevar al terreno de los hechos la política lógicamente derivada de esta convicción. Si bien los ingleses disponían de la potencia de un Imperio mundial, les faltaba ya, sin embargo, los valores morales requeridos para la conservación de este Imperio mundial. No menos ingenua fue nuestra actitud ante las colonias francesas. También aquí nuestros grandes genios de la Wilhelmstrasse se hallan en su elemento. Diplomáticos verdaderamente clásicos, militares de la vieja escuela y nobles agrarios del Este del Elba, éstos eran nuestros auxiliares para una revolución de envergadura europea. Se encastillaron en las concepciones de una conducción de guerra del siglo pasado. Y eso que a ningún precio debíamos participar del juego de Francia contra los pueblos que llevaban el yugo francés. Debíamos, al contrario, ayudarlos a librarse de esta tutoría, debíamos?de ser necesario- hasta incitarlos a ello. Nada nos impedía en 1940 un proceder semejante tanto en el Cercano Oriente como en África del Norte. Nuestros diplomáticos, en cambio, se dedicaron a afianzar el poder de Francia en Siria, Túnez, Argelia y Marruecos. Nuestros políticos-caballeros prefirieron cultivar relaciones sociales con franceses elegantes en lugar de retribuir la amistad de los sublevados. Les gusta más desayunar con oficiales coloniales blandiendo palos, que sólo meditaban en el engaño y la traición, que con los árabes que hubiesen seguido siendo fieles aliados nuestros. Pues bien, estoy al tanto de la forma es que especulan estos integrantes profesionales. Conocen su oficio, y tienen sus ejemplos. Únicamente pensaban de esa forma en poder hacer una jugada a los ingleses, porque para ellos sigue vigente aún la época ha tiempo superada del tradicional antagonismo colonial entre Francia e Inglaterra. Quiero decir con esto que espiritualmente viven en la época guillerminesca, en el mundo de la Reina Victoria, en el tiempo de zorros, Poincaré y Declassé! Pero este antagonismo existe ya sólo en la superficie y no va más hondo. Hay en el mucho más de apariencia que de realidad, y exclusivamente ello es imputable a que entre nuestros enemigos todavía hay diplomáticos de la vieja escuela.

IX

Si debemos ser vencidos en esta guerra, sólo podrá tratarse para nosotros de una derrota total. Nuestros adversarios han proclamado bastante ruidosamente su meta como para hacernos saber que no debemos engañarnos respecto a sus intenciones. El Judaísmo mundial, los bolcheviques y toda la jauría de hienas espumajeadas de su séquito, con seguridad que no dejarán las armas antes de haber destruido, aniquilado y totalmente desarticulado la Alemania Nacionalsocialista. Forzosamente en una guerra de índole semejante, en la que dos Concepciones del Mundo de tal contraste chocan entre sí, una lucha de desenlace infortunado debe traer como consecuencia la derrota total. Es una lucha que debe ser llevada por ambos lados hasta el completo agotamiento, y sabemos lo que nos espera: o bien debemos resistir hasta la victoria o bien hasta la última gota de sangre. Todo pensamiento de una derrota es insoportable. Con horror pienso en un Reich despedazado por los vencedores, en los sufrimientos de una población librada a los excesos de bolcheviques bestializados y de gangsters americanos.

Y, sin embargo, esta visión del horror no es capaz de quitarme la inquebrantable fe en el porvenir de nuestro pueblo. Cuanto más habremos de sufrir, tanto más evidentemente el Reich imperecedero renacerá. La especial capacidad del carácter popular alemán, que siempre que la perseverancia en la autoafirmación nacional amenaza la ulterior existencia de la Nación, le hace caer en una hibernación política, una vez nos vendrá a propósito. Yo mismo no podría respirar en tal frase de transición de Alemania, como la que seguirá a un Tercer Reich vencido. Lo que vivimos en 1918 en cuanto a oprobio y traición no sería nada en comparación con lo que entonces tendríamos que esperar. ¡Es inconcebible que después de 12 años de Nacionalsocialismo pueda sobrevenir esa posibilidad! Inconcebible que el pueblo alemán, despojado en frente de su elite? que lo ha conducido a la grandeza heroica- deba arrastrarse durante años en la inmundicia. ¿Qué leyes morales, qué directrices puede haber para los que permanecen en inquebrantable lealtad hacia ellos mismos?



Suceda lo que suceda: los alemanes no deben olvidar jamás que para ellos siempre lo que importa es eliminar los elementos de la discordia y afanarse incansablemente por la unidad del Reich.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
17/02/2011*